

los grandes babiecas de Nápoles se echó á reír y dijo:

—Bravo, saltarello.

El saltarello que no era otro que nuestro clown de la fuente lanzó el grito que acostumbran los de su oficio, y saludó respetuosamente con los dos pies: luego saltando á la concha y de la concha al nicho de una de las vírgenes, enredó sus pies, sin saberse cómo, en los dibujos de piedra que adornaban el traje de la madonna, y se dejó caer boca abajo sostenido sólo por las puntas de los dedos.

El corrillo dejó escapar un grito de admiración y espanto.

En esta posición la cabeza del saltarello estaba pegada al oído de Mariotto. Este oyó que el otro le decía:

—Una palabra más y tu mujer queda viuda.

Luego se dejó caer sobre sus manos en la concha, rebotó como una pelota elástica, hizo el salto indiano, el salto chino, el salto mortal sobre el mismo lugar, y fijando la vista en la elevada cabeza de Gaspardo el pescador, la alcanzó de un brinco sublime apoyado en sus dos manos, como los niños cuando juegan al salto del caballo, y salvó de nuevo la barrera humana por una suerte de voltereta ejecutada á las mil maravillas.

Gaspardo el pescador debía decir: *cospectto*, ó *corpo di Baco*, á su elección.

El saltarello había desaparecido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

Proezas de Porporato

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
"ALFONSO REYES"

Después de haber repetido muchas veces gritando:

«—¡Bravo, saltarello!»—el corrillo se volvió hacia su improvisador.

Era acreedor y quería su historia por su dinero. Nada más justo.

Pero Mariotto estaba silencioso y pálido, y parecía no tener humor para continuar su narración. Su mirada inquieta corría el círculo que le rodeaba, y atravesando el espacio, sondeaba las profundidades más y más sombrías de la Avenida-di-Porto.

En efecto los fuegos iban extinguiéndose, las luces también. La hora de la comida al aire libre había ya pasado y los hornillos volantes se enfriaban gradualmente. El concierto de los gritos mercantiles había perdido todo su arranque, su fogosidad. Ya no se vendían más que frutas y golosinas.

Pero lo que más preocupaba á Mariotto el improvisador no era la transformación súbita que había sufrido la Avenida-di-Porto, porque ésta era cosa de todos los días, sino esos grupos sospechosos de que estaba llena la calle, en los cuales parecía ver cosas que escapaban á los ojos de sus oyentes y que él mismo no había notado hasta entonces.

—Todos están allí—murmuró hablando consigo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

mismo,—y la policía también... no va á armarse mala zambra esta noche.

Un hombre que á primera vista hubiera podido tomarse por Peter-Paulos en persona, se detuvo frente al improvisador, un poco apartado del corro.

Llevaba calado el sombrero hasta los ojos, y su northwest ó tuvina de marinero inglés tenía el cuello levantado hasta cubrirle la nariz.

Sus ojos se ocultaban tras unas antiparras azules.

Este hombre hizo una señal con la mano á Mariotto.

Mariotto respondió á ella dirigiendo una mirada hacia el callejón del Delfino, á la espalda de la fuente.

—¡Vamos, Mariotto, vamos!—exclamaba el corrillo;—¿quieres que nos acostemos aquí esta noche?

Mariotto pensaba:

—Más de uno se acostará esta noche sobre las piedras.

—Allá voy mis verdaderos amigos—repuso en alta voz:—el saltarello nos ha interrumpido... Tranquilizaos: no perderéis nada por esto, á fe mía.

Pero antes de pasar adelante nos vemos obligados á seguir un momento á ese personaje disfrazado á lo Peter-Paulos que se dirigía con paso lento y pesado hacia el callejón del Delfino.

En el instante en que daba la vuelta á la fuente, la noche cerró del todo. En la callejuela no había reverberos.

—¡Hola!—dijo el hombre fingiendo lo mejor que pudo el acento inglés;—si hay alguien por aquí, que hable... yo no veo ni pizca...

La contestación consistió en una gran carcajada.

—Buenas noches, Sansovina—añadió luego una

voz de mujer.—Baldemonio está fuera esta noche, pero cuenta contigo.

—¿Le hablaré?

—No, pero háblame á mí; será lo mismo.

Y vió una forma esbelta que salía de la sombra de una puerta baja.

—¡Ah!—dijo.—¿Sois vos, signorina?—¿Es para esta noche?

—Precisamente, Sansovina: mañana sería tarde.

—¿Y todo estará dispuesto?

—Todo... el mismo Baldemonio trabaja para ello asiduamente.

La mujer que hablaba con Sansovina, puso sus dos manos en las espaldas de éste y le contempló riendo.

—Si hubieses estado aquí hace poco, viejo lobo—le dijo ella,—habrías podido aprender una lección de jerigonza inglesa... Creyendo que eras tú me he acercado á un buen hombre... y nos hemos visto obligados á darle una *girella* para des-embrazarnos de él... ¿Qué hay de nuevo?

—Mucho... en el puerto hay gran movimiento... diríase que los guardias están avisados.

—En efecto, lo están—dijo friamente la joven.

—Esta noche ha sido asesinado un hombre á cincuenta pasos de nuestro bote, bajo el puente de la Madalena.

—¡Dios lo tenga en su gloria!... Ya lo sabemos... ¿Qué vienes á anunciar?

—Vengo á anunciar una cosa é informarme de otra. Hoy no hemos visto á Ruggiere en todo el día...

—Baldemonio ha tenido necesidad de él.

—¿Y también de Cucuzone?

—De Cucuzone sobre todo.

—Está bien... pero nuestras gentes murmuran.

—Hazles callar.

—Lo procuraré: lo que vengo á anunciaros es

que la embarcación ha tenido que dejar su puesto en el pequeño puerto... Hay allí una nube de moscas...

—Tampoco se ignora esto... Tú has amarrado en la embocadura del Sabeto...

—Ciertamente, y desde allí hemos oído el grito del hombre asesinado... Pero hay tantas moscas en la Marinella como en el pequeño puerto; así es que he levado anclas. Con nuestros remos envueltos en paja hemos ganado la alta rada, doblado la punta del castillo del Huevo, y dado fondo al oeste de la playa de Chiaja, en las rocas, entre la tumba de Virgilio y las grutas de Puzzoles.

La signorina guardaba silencio.

—¿No habéis oído?—preguntó el pretendido marino inglés.

—Baldemonio no estará contento—respondió;—hay necesidad de atravesar toda la ciudad para llegar á la embarcación.

—Entre el puerto y la Madalena hay más de veinte botes que vigilan—replicó Sansovina.

—¿Y el sloop?

—El sloop ha mudado también de lugar á causa de la goleta de guerra que ha cruzado toda la tarde entre la Gajola y el cabo de Misena... El sloop ha pasado el canal de Prócida: está anclado al otro lado de la isla, al oeste-sur-oeste de Fúsaro... y quiera Dios que nos deje en reposo.

—¿Es esto todo lo que tenías que decir?

—Todo—respondió el marino inglés

—¿Y qué tenías que preguntar?

—La hora en que el bote aparejará.

—Si hay alguien, fuera de Dios, que pueda saberlo, Sansovina, es sólo Baldemonio, y ahora no le puedes hablar porque está lejos de aquí... Vete á tu puesto y vela toda la noche... Quizá

dentro de un instante... quizá tendréis que aguardar hasta el amanecer... Hay muchos y grandes obstáculos que nadie puede prever... Al prisionero se le ha sacado del calabozo cuyos barrotes estaban limados, trasladándole al piso superior donde está incomunicado... Tanto fuera como dentro de Castello Vecchio se han doblado las guardias y los centinelas. ¿Pero qué valen todas estas precauciones contra la voluntad de Baldemonio empeñado en libertar al prisionero?

—Sin embargo, Baldemonio no tiene alas como los pájaros—murmuró el marino.

La mano de la mujer se apoyó sobre su espalda, y le dijo:

—Tiene alas como un ángel ó como un demonio.

Un minuto después el callejón quedaba otra vez silencioso y en apariencia desierto.

—¡Os lo juro por mi salud eterna!—decía en este momento nuestro improvisador Mariotto á quien su auditorio estrechaba muy de cerca;—¿y quisierais condenarme por un *tari*, pichones míos? ¿No será siempre tiempo para hablaros de Coriolani?... Mientras que ese famoso barón de Altamonte será ejecutado mañana por la mañana á primera hora... Nadie puede hablaros como yo de él, amigos míos... ¡Escuchadme!

—¡Devuélvenos el dinero!—exclamaron con rudeza cinco ó seis voces;—nos has engañado... al príncipe Fulvio no le ha sucedido nada...

—¡No le ha sucedido nada! ¡Spirito santo!... y á mí se me dice esto.

—¡Pues bien! ¿qué le ha sucedido?

La lógica de este auditorio napolitano era terrible.

Mariotto se revolvía como un energúmeno.

—¡Hay justicia en la tierra!—exclamaba;—¿no sabré yo mejor que vosotros lo que hay de interesante en mis noticias?... ¿Se ha oído nunca

hablar de personas que se tapen los oídos cuando se les quiere decir algo de Porporato?

Este nombre hacía siempre gran efecto, pero esta vez no pudo apagar del todo los murmullos.

—Gracias á Dios—repuso el improvisador viéndose pasar lo más recio de la tempestad,—que nos vamos entendiendo... Pero á fe mía que no os he de decir lo que ha pasado esta noche misma en Castello-Vecchio... ni os hablaré de la mina subterránea que los Compañeros del Silencio habían abierto en el callejón de Santa María para llegar hasta la prisión de Porporato...

—¡Un subterráneo!—exclamó el corro un poco más animado.

—No, no—continuó Mariotto;—vosotros no lo queréis saber.

—Sí, queremos.

—¡Habré yo entendido mal.

—¡Habla! ¡habla!

—He aquí cómo fué la cosa, y juro por mi salvación eterna que sólo yo puedo contarla en Nápoles. Cuando el tesoro del palacio real de Capodimonte fué robado este invierno, Borbón se puso colérico, y aumentó en diez mil ducados la prima prometida al que entregara á Porporato.

Poco tiempo después desaparecieron las alhajas de la villa Regina, luego la plata de la villa Floridani en la cual el rey tenía su vajilla; luego el tesoro del arzobispado...

Prometiéronse veinte mil ducados más al que entregara á Porporato; pero, ¡oh mis queridos amigos! ¿quién puede coger lo que es impalpable?

Una noche fué robada Blanca Barberini, hija del duque del mismo apellido. Una carta sin firma anunció al anciano que, mediante cincuenta mil onzas de oro dobles de seis ducados, recobraría la única esperanza de su linaje.

El desgraciado duque montó á caballo, y sin

mas compañía, llevó las cincuenta mil onzas al lugar que se le había indicado, más allá de Salerno.

Porporato no se dignó bajarse para tomarlas, pues nunca toca el oro sino para hacer el bien; devolvió Blanca á su padre, y saludando cortésmente, desapareció en el bosque.

Desde entonces los que aman á Blanca Barberini no la han visto sonreír más.

Después de Blanca Barberini le tocó el turno á Preciosa Balbi, que no tenía más que dieciséis años, y estaba desposada con Pisanelli de Mantua.

Esta, como menos rica, fué rescatada al precio de treinta mil onzas de oro.

En seguida de Preciosa, dos á la vez: Juana Palliante, de los príncipes Paleólogo, prometida esposa del conde Doria-Doria, y Matilde Farnesio, ahijada del rey Fernando, que muchos años viva.

Para recuperar á Juana ha sido necesario que Fulvio Coriolani...

Mariotto se paró bruscamente, fijando los ojos en el callejón por donde había desaparecido el saltarello.

—¡Adelante!—exclamó el corrillo,—dinos cómo Coriolani alcanzó la libertad de la futura esposa de Loredano Doria.

—Vosotros lo sabéis mejor que yo, tortolillas más—respondió Mariotto;—cuando se habla de Coriolani, se va sin querer muy lejos... Cuando Giovanna Palliante pasará en su coche, fijad en ella la atención, y decidme qué se han hecho de las frescas rosas de sus mejillas... Decidme también cuál es la causa de que esta noche no se firmen dos contratos de esponsales en el palacio Doria... Puédense rescatar los cautivos de Porporato, pero de ese palacio que posee, no se sabe que las vírgenes nobles traigan libre su corazón.

En cuanto á la bella Matilde Farnesio, nadie ha podido recobrarla, ni el mismo Fulvio Coriolani. El rey, llorando á su querida ahijada, ha dicho:—«Daré cien mil ducados al que me entregue ese demonio de Porporato».

Un día de la semana pasada, una vieja, antigua criada de Samuel Graff el rico, el cual había hecho su fortuna al servicio del duque del Infantado, vió pasar á un caballero al salir de la iglesia de Monte Oliveto, y habiendo fijado en él sus ojos, lanzó un grito y cayó desmayada. ¿Por qué? Porque había reconocido al asesino del rico Samuel Graff.

Esta mujer se presentó en la intendencia de su cuartel, porque el señor Spurzeim, jefe de la policía real, estaba enfermo, y refirió, tan cierto como os lo digo, los hechos siguientes:

Hace tiempo que se presentó en casa de Samuel Graff en Palermo, un extranjero bello y elegante. Llamábase Felice Tavola, y como trajese cartas de España, Graff le recibió cordialmente.

Acto continuo fué admitido en la casa y considerado como de la familia.

Una noche esta mujer se levantó sobresaltada por el ruido y los gritos. El huésped del rico Samuel Graff había introducido en la casa á los bandidos del sur, los cuales se denominaban á sí mismos: «Compañeros del carbón y del hierro».

Los *cavalieri ferrai* habían jurado la *vendetta* al antiguo intendente del duque del Infantado. La casa fué robada y saqueada de arriba abajo, y Samuel Graff, asesinado; tenía en el pecho un puñal calabrés en el cual estaban grabadas estas palabras latinas: *Agere, non loqui*.

—¡El mismo que mató al hombre del puente de la Madalena!—dijo Puzzola, *interin* se estremecía el *corrillo*.

—¡El puñal del Silencio!—pronunció lentamente Mariotto.

Luego repuso:

—El huésped del anciano Graff, Felice Tavola, desapareció con los bandidos, y todo Palermo reconoció en él al terrible Porporato.

Estos son acontecimientos que no se borran jamás de la memoria. Ese caballero que vió pasar la mujer al salir de la iglesia era Felice Tavola, más conocido en la corte por el barón de Altamonte.

Cuando se quiso ponerle preso, el barón de Altamonte se echó á reír, y reclamó el apoyo del caballero Hércules Pisani, del coronel San Severo, del anciano banquero Massimo Dolci, del señor Johann Spurzeim, jefe de la policía real, y del mismo príncipe Coriolani. El rey mandó ponerle incomunicado.

Reunióse el tribunal del crimen; hiciéronse venir testigos de Monteleone y Sicilia, y el asesinato de Samuel Graff fué probado hasta la evidencia.

Pero lo que no se probó del todo fué la identidad del presunto Porporato. Los testigos venidos de Monteleone y Palermo reconocieron perfectamente á Felice Tavola lo mismo que la mujer, pero ninguno de ellos había visto á Porporato.

—¡Es tan fácil engañar á la justicia!

Había en Nápoles cinco personas que habían visto á Porporato por sus propios ojos y que no podían negarlo: tales eran Blanca Barberini Preciosa Balbi, Juana Palliante, el viejo duque Trivulcio de Barberini y el príncipe Fulvio Coriolani.

El rey ordenó que el barón de Altamonte, condenado ya por el tribunal del crimen, fuese vestido con el traje de color de púrpura y se le

carease con las indicadas jóvenes y nobles y los dos señores.

¿Quién sino yo podría así revelaros los secretos de Estado, amigos míos?

En la antigua sala de armas de Castello-Vecchio estaban reunidos el príncipe real, Francisco de Borbón, el ministro de Estado, el intendente superior de policía, el presidente del tribunal del crimen, el arzobispo de Nápoles y otros altos dignatarios.

Quando todos los que debían estar allí hubieron comparecido, se introdujo el barón de Altamonte, vestido con una casaca de color de púrpura, una pluma carmesí en el sombrero, y la máscara del propio color.

Blanca Barberini y su padre fueron los primeros que se le acercaron.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo su Eminencia el arzobispo de Nápoles que presidía,—¿reconocéis á Porporato?»

Blanca apoyó su cabeza en el pecho de su padre y sus ojos se volvieron hacia el príncipe Coriolani. La desgraciada no tenía ni fuerza ni voz.

¿Quién sabe las que adoran en secreto á ese arrogante Fulvio?

El anciano duque respondió en nombre suyo y de su hija.

«—Ni uno ni otra reconocemos en el que está aquí presente á Porporato.»

Preciosa Balbi se adelantó sostenida por la Superiora del convento donde se había refugiado. Lo que ella sufría, nadie podía verlo á causa de su largo y espeso velo.

Se la invitaba á mirar al barón de Altamonte, y su cabeza inmóvil estaba vuelta hacia Fulvio Coriolani.

«—En nombre de Dios todopoderoso—repitió el arzobispo,—¿reconocéis á Porporato?»

Oyóse tras el velo un *no* débil y confuso. Luego vaciló y cayó en los brazos de la Superiora del convento.

En seguida tocó el turno á Juana Palliante de Paleólogo. Esta descende de emperadores y tiene el aire de una reina.

Al pasar junto á su salvador Coriolani le saludó.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo antes que la interrogasen,—este hombre que está aquí no es Porporato.»

¿Decía verdad?... El caso es que cayó desvanecida á los pies del tribunal.

No quedaba más que el príncipe Fulvio.

Algunos dicen que desde el principio de la sesión Altamonte había mirado fijamente al príncipe Coriolani á través de su máscara encarnada.

El príncipe le miraba también severo y frío.

En el momento en que Fulvio se adelantaba para declarar, Altamonte extendió la mano hacia el medallón que está sobre la puerta de los claustros. Si no lo sabéis, os diré que en tiempo de los españoles, Castello-Vecchio servía de palacio al comandante militar. El medallón contiene el escudo de los Torre-Medina con su divisa: *Guárdate*.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo por tercera vez su Eminencia el arzobispo de Nápoles,—¿sabéis que esté aquí presente Porporato?»

El príncipe respondió inmediatamente con voz firme y segura:

«—Sí, le reconozco.»

Altamonte saltó como un tigre, pero sus manos estaban atadas.

Blanca, Preciosa y Juana vueltas en sí lanzaron á la vez un débil grito.

Por el solo testimonio del príncipe Coriolani:

el tribunal decidió en conciencia que el Barón de Altamonte era el conocido por Porporato.

Pero como nadie, á decir verdad, le había entregado á la justicia, la recompensa de cien mil ducados quedó en el arca de la real hacienda.

Sin embargo, muchas personas creen que los Compañeros del Silencio han declarado la *vendetta* al príncipe Coriolani.

Hoy han errado el golpe por la gracia de Dios; ¿le errarán mañana?

El respetable señor hará bien en tener siempre presente la divisa de los Torre-Medina y *guardarse*.

¿Quiénes son esos Compañeros del Silencio? No me lo preguntéis, mis queridos amigos. ¿Dónde están? Aquí y allá, cerca y lejos, en todas partes.

Juraría por mi salvación eterna que hay alguno en este círculo que me rodea.

Y alguien, al hablar de mí, pobre y desgraciado, tal vez dirá: *¿quién sabe si él es uno?*

Pero el rey vela. Para libertar esta noche á Porporato sería necesario derribar la antigua fortaleza piedra por piedra.

¿Lo intentarán? El día de mañana nos lo dirá.

Yo no hablo mal de los Compañeros del Silencio, amigos míos, y si pronuncio el nombre de Borbón, es con todo el respeto que le es debido. Vivimos en tiempos difíciles. Una palabra imprudente puede causar la muerte de un padre de familia.

Pero ¿por qué me matarían á mí que quiero bien á todo el mundo?

Yo digo lo que es: la sombra de esta noche cubrirá una batalla.

Allá abajo, al otro lado de la fortaleza, hay movimientos en la obscuridad y se oyen voces sordas.

El ataque está dispuesto y la defensa arma al brazo.

El regimiento entero de guardias suizas guarda Castello-Vecchio. ¿Lo sabíais?

Dos escuadrones de caballería ligera se han situado detrás de la iglesia. Los dragones se hallan ocultos en los pórticos del atrio.

En cuanto á los conjurados...

En esto la palabra de Mariotto quedó interrumpida por un silbido agudo que parecía haber partido de una azotea vecina.

Otros silbidos respondieron á lo lejos.

La Avenida-di-Porto presentaba ahora un nuevo aspecto. La mayor parte de las luces estaban apagadas y las tiendas al aire libre habían desaparecido.

Las puertas, sin embargo, quedaban abiertas.

Todavía había corrillos, pero éstos no llegaban á media docena alrededor de los improvisadores.

Al eco del silbido, todos habían hecho lo que Mariotto, se callaron.

En medio de este silencio, dos tocadores de *vezzo* del Abruzzo, situados en las extremidades de la calle, se pusieron á tocar con energía, precipitando el ritmo, la canción tan conocida de Fioravante:

¡Amici, allegre andiamo alla pena!..

E inmediatamente se notó un movimiento rápido en los corrillos, una especie de separación.

De cada grupo se segregaron súbitamente algunos hombres, abriéndose paso á codazos entre el gentío sorprendido é inquieto.

Una vez libres se dirigieron rápidamente hacia lo alto de la avenida, guiados por un robusto

mozo, corto de piernas, vestido á la marinera, y por una joven vendedora de naranjas.

Todo esto tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos.

En el mismo instante brillaron bayonetas en las embocaduras de todos los callejones vecinos. Los oyentes de Mariotto le buscaron sobre su destal pero había desaparecido.

VII

El escaló

Serían cerca de las diez de la noche cuando la fuerza armada ocupaba la Avenida-di-Porto. Todas las demás avenidas de Castello-Vecchio estaban del mismo modo superabundantemente guardadas.

La autoridad había tenido aviso de que aquella noche se trataría de libertar á Porporato, y en su consecuencia había tomado sus precauciones.

Castello-Vecchio de Nápoles, cuyos planos se encuentran aún en las obras especialmente anteriores á 1830 en que fué derribado, formaban un polígono de ocho caras muy irregulares, tres de las cuales estaban enclavadas en las casas vecinas, y las otras cinco, enteramente despejadas, daban á uno ó muchos de esos callejones de que hemos hablado.

La puerta principal estaba situada entre el vi-coletto Delfino y el callejón Martinelli, en el extremo de un sotto-pórtico alumbrado por una capilla de San Antonio, que prolongaba la avenida-di-Porto; pero además había otras puertas, una

de las cuales daba salida á las tres fachadas enclavadas en las casas, y penetrando bajo una bóveda muy oscura, desembocada tras San Giovanni Maggiore, no lejos de la entrada de las catacumbas.

Desde la extremidad de esta bóveda hasta el *larchetto*, ó plazuela de San Antonio, había casi medio cuarto de legua de distancia, debiéndose dar para ello vuelta á las casas.

Aquella noche estaba Castello-Vecchio tan lleno de soldados, como una plaza de guerra á la cual se quiere sitiarse; sus bocacalles presentaban verdaderos campamentos, en los cuales vivaqueaban esos brillantes soldados, de parada, que tan raramente tienen ocasión de probar su valor con el extranjero; las avenidas de estos puntos estratégicos estaban también tomadas, y la di-Porto formaba también una plaza de armas.

Pero en ese largo espacio comprendido entre San Juan el Mayor y el *larchetto* San Antonio, como no había ninguna salida, las precauciones eran naturalmente menos exageradas.

Cinco ó seis centinelas colocados á una distancia que pudiesen oírse recíprocamente, guardaban este trayecto.

Hacia las diez y cuarto, es decir, algunos minutos después de la ocupación militar de la Avenida-di-Porto, conduciremos al lector á una pequeña plaza triangular, situada poco más ó menos en el centro del frontispicio de esa serie de casas que ocultaban parte del viejo castillo.

Esta pequeña plaza de mercado, llamada piazzeta Grande, por oposición á otra plazuela todavía más reducida, daba por uno de sus ángulos al viejo Zaffo, uno de los callejones que aun hoy salen á la avenida del Tribunali.

El lado opuesto á este ángulo estaba formado por las casas pegadas al castillo, cuyas fachadas

daban á la calle de Mantua, vía bastante ancha, pero tortuosa y cortada por callejones sin salida, que se internaban en la manzana de Castello-Vecchio.

En 1823, no se abusaba mucho en Nápoles de los reverberos.

Desde la piazzeta Grande, situada en la calle de Mantua, al ángulo meridional de la plaza, no había sino uno.

He aquí lo que alumbraba este reverbero, aislado de los demás por las vueltas y revueltas de la calle.

Un centinela perteneciente al cuerpo de reclutas de la infantería regular, del regimiento Buffalo, como se le llamaba, el cual se paseaba de lo largo á lo ancho de la embocadura de la plaza. Esta estaba solitaria, no oyéndose tampoco ruido alguno en el vicoletto Zaffo, punto que debía ser vigilado. Las casas parecían dormir; más breve, el centinela, iba y venía en un verdadero desierto.

Aparte del centinela, el reverbero no alumbraba ningún otro sér humano.

Su resplandor triste y vacilante reflejaba inmediatamente en una casa de dos pisos, baja y vieja, que sobresalía en la calle, y tras la cual se elevaba otra que tenía doble altura.

El techo de la primera servía de azotea á la segunda.

La fachada de este antiguo edificio daba sombra á un callejón sin salida, en el fondo del cual había la puerta cochera de la segunda casa.

Todas estas casas tenían azotea, como las cinco sextas partes de las habitaciones napolitanas.

El centinela iba y venía en la inocencia de su corazón, y para matar el tiempo tarareaba una canción de la Capitanata, que era su tierra.

Mientras que él paseaba, pensando en sus amo-

res con Nannetta, vendedora de frutas, cuyos ojos negros y melones verdes adoraba, no sabiendo á cual de las dos cosas dar la preferencia, dos hombres permanecían ocultos en el ángulo del muro.

Uno de ellos levantó una escalera echada al suelo, y arrimóla á la pared de la primera casa, haciendo un ligero ruido.

El centinela se llegó hasta el ángulo de la casa y miró, y no vió más que la escalera, porque nuestros hombres se habían ocultado á lo largo del muro, tendiéndose en el suelo.

Pero como su consigna no le ordenaba buscar camorra á las escaleras puestas contra la pared, volvió la espalda continuando su canción.

Apenas estuvo un poco lejos, nuestros dos hombres se levantaron apresuradamente y uno de ellos trepó con la agilidad de un marino á lo alto de la escalera. Luego volvió á bajar y dijo:

—Tres ó cuatro palmos demasiado corta.

A pesar de la obscuridad podía distinguirse el talle esbelto y flexible de este último, el cual estaba envuelto en una capa de color oscuro.

El hombre de la capa miró la escalera y la pared atentamente, y dijo:

—El callejón sin salida va descendiendo y la azotea debe casi estar á nivel... luego la casa es más alta aquí que en la calle de Mantua.

Su compañero señaló con el dedo al centinela que pasaba en aquel momento por el ángulo de la casa y en seguida al reverbero.

—Dos cosas que nos estorban—repuso el hombre de la capa;—es necesario desembarazarnos de ellas.

E hizo seña á su compañero de que le siguiese, y mientras que el centinela estaba vuelto de espaldas, los dos desaparecieron en el vicoletto Zaffo.

En este mismo instante una voz lejana gritaba desde la muralla:

—Centinela, ¡alerta!

El recluta del regimiento Búffalo contestó como los demás:

—¡Alerta está!

Y se echó á reír pensando que no tenía que guardar sino murallas inmóviles y un reverbero.

En esto pasaron algunos minutos.

De súbito el centinela detuvo su paseo, pues acababa de oír un ligero ruido que venía del callejón.

El ruido era de pasos, y al propio tiempo que el que lo hacía caminaba, daba su voz al viento alegremente.

La voz parecía de niño ó de mujer.

—¡Quién vive!—exclamó nuestro bravo soldado tomando una actitud conveniente.

Una gran carcajada contestó á su interpelación.

Al propio tiempo, un pilluelo de Nápoles, un verdadero *ragazzo* de la ciudad antigua, con el gorro sobre la oreja y la camisa flotante, ceñida por los calzones á la cintura, salió del *vicoletto* Zaffo.

—¡Quién vive!—repitió el soldado.

El pilluelo continuó su camino alegremente, cantando con voz esforzada su canción de marinero.

—¡Esta vez voy á descargar el fusil!—pensó el recluta.

Luego añadió aparte:

—Nannetta tenía este mismo aire cuando se disfrazó de *ragazzo* en el último carnaval... ¡Ah! ¡San Gennaio! ¡Qué ojos!...

El soldado tenía razón. El talle del pilluelo era flexible y gracioso como el de una mujer, y sus largos cabellos negros rizados, escapando bajo su gorro, caían profusamente sobre sus espaldas,

—Buenas noches, camarada Pietro—le dijo cuando estuvo en medio de la plaza.

—Pasa de largo, ¡bambino!—respondió el soldado.

—¡Qué! ¿No te llamas Pietro, amigo?—dijo el pilluelo adelantándose;—entonces buenas noches, Francisco, Paolo ó Andrez.

—Pasa de largo, te digo.

El recluta alzó su fusil.

El pilluelo se detuvo y se echó á reír.

—¿Hace mucho tiempo que tu herramienta no ha servido, Jacobo, Rafaelle ó Filippo?—exclamó en tono chancero;—¡apuesto á que ni tan siquiera sabrías dispararlo!

—¡Por el Espíritu Santo!—murmuró el soldado,—¡que esta es una moza disfrazada!... y bonita, á fe mía.

—Si no quieres pasar de largo, *picciola*—repuso en alta voz,—ven á darme un beso.

—¿Esas tenemos, Carlotto?—dijo el pilluelo.—¿Cómo has conocido que soy mujer? Pues bien, te abrazaré, Ludovico, amigo mío, si me permites satisfacer un capricho. He apostado dos ducados, ni más ni menos, que rompería de una pedrada el vidrio de ese reverbero.

Y extendiendo el brazo, tiró un guijarro que tenía en la mano, rompiendo el vidrio en mil pedazos.

—¡Santa María!—exclamó el recluta azorado.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo el pilluelo;—¿crees tú que las hijas de Prócida no sabemos tirar piedras?... Ahora al pábilo...

Un segundo guijarro lo apagó completamente.

Luego que el soldado se vió cercado de tinieblas, le vino á la mente la idea de una traición.

Quiso preparar su fusil para dar la señal de alarma, pero dos brazos regordetes y suaves como un guante, le enlazaron el cuello por detrás.

—¿No te había prometido un beso, Tomaso?
—le dijo la voz alegre del pilluelo.

Al mismo tiempo le arrancaron el fusil por delante, y un pañuelo arrollado le tapó la boca.

Quiso gritar, pero ya era tarde.

Un segundo pañuelo le tapó los ojos.

Entonces pudo oír que se hablaba y reía á su alrededor, quejándose de no tener cuerdas; sin embargo, sus mismas fornituras sirvieron para atarle de pies y manos.

Luego le depositaron como un fardo al pie de la pared de la casa.

¡Pobre quinto del regimiento Búffalo!

Los que habían llevado á cabo esta operación eran cuatro: tres hombres y la mujer disfrazada.

Esta y uno de los tres hombres se colocaron de centinelas, uno á derecha y otro á izquierda de la piazzeta Grande, en la calle de Mantua. Los otros dos volvieron rápidamente al ángulo del callejón sin salida donde estaba la escala.

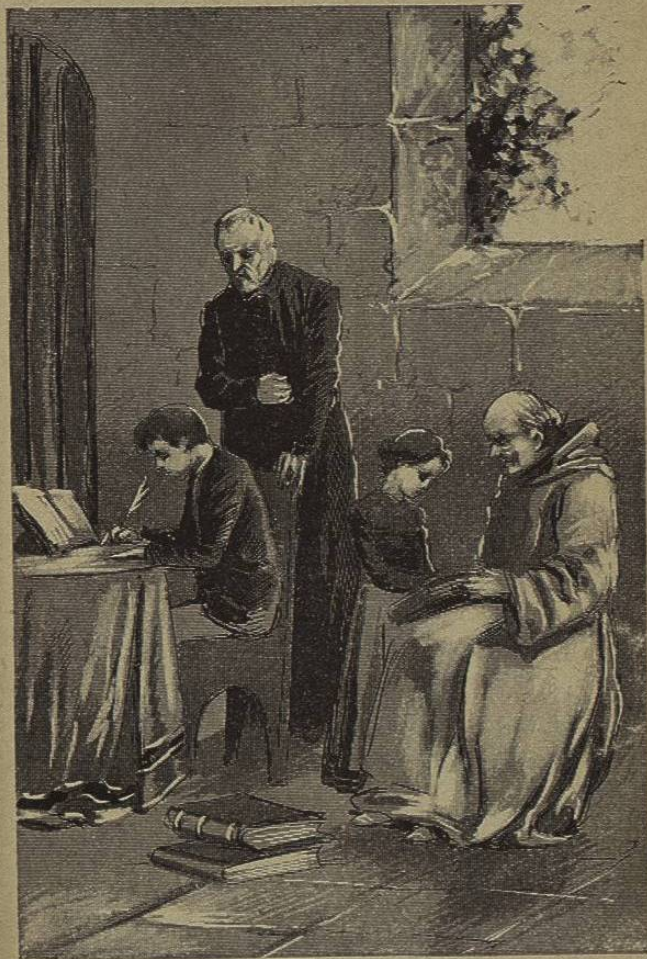
El primero dejó su capa y descubrió esa rica y bella figura que vimos al pie de la fuente de las Tres Vírgenes entre el marino de la pipa de espuma y el último de los lazzaroni arrollado en el suelo como una serpiente.

El segundo era este lazzaroni, el saltarello cuyas habilidades habían sentado tan mal á nuestro improvisador Mariotto. Ahora mismo se entretenía en dar vueltas sobre uno de los montantes de la escala arrimada á la pared, haciendo la conocida suerte del brazo de hierro.

—¡Despacha!—ordenó el pescador.

Apenas había tenido tiempo de pronunciar esta palabra, cuando el saltarello estaba ya en lo alto de la escalera.

Entre el suelo de la calle de Mantua y el callejón sin salida en el que se había intentado primeramente el escalo, mediaba un desnivel muy sen-



Estos dos niños eran prudentes y estudiosos

sible; pero esta diferencia no debía ser muy grande, porque el clown, volviendo á bajar como la primera vez, dijo:

—Dos palmos.

—¡Aun faltan dos palmos!—exclamó el pescador dando con el pie en el suelo;—¿y tú no puedes salvar ese trecho?

—Mi madre es vieja—respondió el clown,—y yo soy el único heredero directo de Cucuzone. Pídimme cosas posibles.

—¿No se podría hallar otra escalera?

—Todas las calles están llenas de patrullas... es un milagro que no hayamos dado con alguna de ellas...

El pescador estaba con la cabeza baja reflexionando.

El reloj de San Juan el Mayor dió las diez y media.

—A las once relevan los centinelas—dijo el saltarello.

—¡Sube!—ordenó el pescador con aire resuelto, echando atrás los bellos rizos de su cabellera.

—¿Y después?—preguntó el clown.

—¡Sube!

El saltarello obedeció.

Cuando estuvo en lo alto de la escalera la sintió oscilar con un peso nuevo, volviéndose y vió que el pescador le seguía.

—¿Señor—preguntó con profunda sorpresa,—pensáis hacer más que yo?

—Pienso obrar de otra manera—respondió el pescador.—Tente firme.

El clown obedeció y se enderezó lo mejor que pudo, pegando sus dos manos contra el muro. Inmediatamente sintió que el otro subía por sus costados con precaución y ligereza.

—¡No va mal! ¡No va mal!—le dijo con aire de superioridad;—no cerréis los ojos porque esto hace

desvanecer la cabeza... Mirad siempre hacia arriba.

Un pie se apoyó en su hombro derecho y otro en el izquierdo. El clown no habló más y contuvo la respiración. Un sudor frío inundaba todo su cuerpo.

—El diablo me lleve si temblase así por mi propio pellejo—murmuró al fin.

Luego añadió con tono suplicante, pero sin menearse:

—¡Bajad, señor; bajad, mi buen amo! Voy á hacer otra prueba... si se ha de romper una cabeza que sea la mía.

—Cállate—le dijo el pescador con voz reprimida,—en la azotea de la otra casa hay alguien.

En efecto oyóse una voz que decía:

—En todos estos tejados no hay un gato... ¡Vamos, hijos míos! Ya tenemos bastantes centinelas en las azoteas. Vamos á finalizar la noche en el cuerpo de guardia.

—¡Es el teniente Frazer!...—murmuró Cucuzone.

Un golpe dado con el pie le impuso silencio.

Desde lo alto de la muralla dijeron por segunda vez:

—Centinela, ¡alerta!

—¡Responde!—dijo el pescador.

—¡Alerta está!—contestó el clown.

El eco fué repitiéndose de centinela en centinela hasta el pórtico abovedado donde estaba la última.

Luego todo volvió á quedar en silencio, sin que asomase nadie más en las azoteas.

Cucuzone se atrevía á levantar la cabeza, pero recibía exactamente el contragolpe de todos los esfuerzos que hacía su compañero para agarrarse al reborde de la azotea.

Esfuerzos hasta ahora impotentes

—Es demasiado alto—dijo al fin el pescador,—

estoy agotando inútilmente mis fuerzas... ¡Cucuzone!

—Señor.

—El día en que nos conocimos en la gran plaza de Cosenza tenías dos pesos de cincuenta libras al extremo de cada brazo... y, sin embargo, no temblabas como esta noche.

—Es verdad, señor... pero entonces tenía los dos pies apoyados en la tierra nuestra madre... y mis pesos de cincuenta libras no podían romperse las costillas al caer.

—No te inquietes por mi suerte, amigo... Vamos á ver si tus brazos son tan fuertes como en aquella época... Toma uno de mis pies en cada una de tus manos... y procede como con tus pesos... salga lo que Dios quiera...

El clown estaba indeciso.

—Señor—le dijo,—la escalera se bambolea... Cuando vaya á hacer fuerza para levantaros, todo temblará, montantes y escalones... y mis pobres brazos más que todo... Señor, yo no veo razón para intentar esto; dejadme más bien subir á mí en vuestro lugar.

—¡Haz lo que mando!—le dijo el pescador.

Cucuzone, antes de obedecer, pasó la vuelta de su manga sobre su frente bañada de un sudor frío.

—La santa Virgen María sea con nosotros!—murmuró haciendo rápidamente la señal de la cruz;—no quiero desobedeceros, pero para salvar al pícaro que está allí dentro, bastaba con mi vida!

El pescador le dijo:

—¡Apresúrate!

Cucuzone cogió un pie, luego el otro. Era un hombre robusto avezado desde la infancia á todos los ejercicios violentos; pero la sensación que

experimentaba le hacía perder gran parte de sus fuerzas.

Sucedió lo que había anunciado. Apenas intentó extender sus brazos, comunicóse un movimiento de oscilación desde su cuerpo á la escalera, la cual empezó á crujir, batiendo contra la pared.

Si se hubiese atrevido, habría lanzado gritos de dolor y angustia. Su cuello estaba apretado como por un tornillo.

—¡Vamos, pues, desgraciado!—exclamó el pescador.

Cucuzone hizo un esfuerzo supremo; contrajo violentamente sus músculos, los dos pies de su compañero se elevaron, é inmediatamente sintió un sacudimiento terrible.

Luego sus manos quedaron vacías.

El pescador había salvado de un brinco la balastrada.

Los brazos del clown cayeron por su propio peso y sintió como un vértigo.

—Gracias—dijo el pescador;—deja la escalera aquí todo el tiempo que puedas.

—¿Y si vienen á relevar el centinela?—murmuró Cucuzone.

—Fianma sabe lo que debe hacer. Todos estáis bajo sus órdenes esta noche.

En lo alto de Castello-Vecchio oyóse de nuevo el grito de alerta: el eco siguió las revueltas de la calle de Mantua. Cuando el centinela más próximo lo hubo repetido, el pescador gritó á su vez:

—Centinela, ¡alerta!

El pobre recluta del regimiento Búffalo no tenía de qué quejarse; se hacía su servicio á conciencia.

Pero antes que el alerta de los demás centinelas se extinguiese en lontananza, un silbido bajc

sutil y rápido como el que lanza la serpiente, resonó por la parte del vicoletto Zaffo.

Quasi al propio tiempo y por el mismo lado se oyó en el empedrado de la calle el paso lento y acompasado de una patrulla.

Cucuzone estaba ya abajo de la escalera, el pescador había desaparecido en la obscuridad de la azolea, la joven y el marino de la pipa se ocupaban en soltar al recluta.

La joven le dijo antes de quitarle el pañuelo que le tapaba la boca:

—Camarada, tú no has visto nada; por lo que hayas podido oír, escucha: dos onzas de oro si callas... seis pulgadas de hierro en el pecho si hablas...

—Lo más seguro sería empezar por las seis pulgadas—murmuró el marino.

Pero la joven replicó:

—El amo lo quiere así.

Un instante después nuestros tres rondadores y la escalera se ocultaban por el callejón sin salida.

La cabeza de la patrulla asomaba por la embocadura del vicoletto Zaffo.

—¡Quién vive!—exclamó el centinela.

—Bien, bien, Martino—dijo una voz;—veníamos solamente á hacer un reconocimiento... Si te hubiésemos encontrado durmiendo, hijo mío, mañana habrías sufrido unas baquetas. ¡Bien, centinela, pronto serás relevado!